

CRISTIÁN BOETSCH, SU PRIMERA INCURSIÓN INMOBILIARIA:

# “Fue una decisión bien tomada”

Egresado, pero no titulado. Llevaba dos años casado, su señora esperaba a su segundo hijo y él estaba listo para iniciar su primer proyecto inmobiliario propio, actividad que ha seguido desarrollando hasta el día de hoy.

POR NATALIA SAAVEDRA STANGE FOTOS VIVI PELÁEZ



Durante su vida universitaria -en la que hoy se define como un tipo “ganso”, porque no participaba en nada que le significara peleas o sumarse a la onda hippie- comenzó a trabajar haciendo “pololitos” y trabajos pequeños, desde pavimentar una entrada de autos, levantar un parrón y terraza, hasta construir una piscina o ampliar parte de una casa.

Don Alejandro, su padre, junto a su tío Gustavo, tenían una empresa constructora, lo que significaba que él podía tener trabajo asegurado. Pero no fue así. El tío se negaba a aceptar más familiares en la empresa por temor a que hubiese problemas. Según Boetsch, esa decisión al final fue un favor que le hicieron a él y a sus primos.

“Como no nos aceptaban en la empresa, con mi hermano Alejo, un primo y otros amigos, montamos una oficina propia (comunidad de techo). Arrendamos un departamento, nos repartimos las piezas para que cada uno se instalara con ‘su empresa’ y contratamos una secretaria en común para abaratar costos”, comenta.

Con su pequeña empresa constructora se especializó en hacer piezas y baños de servicio en la Villa El Dorado, Vitacura. Ahí las hacía todas: era arquitecto, constructor, maestro y compraba los materiales, que luego trasladaba en su citroneta. Era de color beige y tan vieja -dice él- que no tenía marcador de bencina (usaba una varilla). Con ella llegaba a la universidad cargado de carretillas y tablones, motivo suficiente para ser objeto de risas entre sus amigos, cosa que confiesa nunca le complicó, ya que para él trabajar era lo importante. Además, los profesores le tenían “buena” por esa actitud; aunque era un alumno del montón, como tenía

experiencia en terreno se daba la libertad de discutir cosas prácticas.

“Me acuerdo patente una discusión en prueba de costos con el profesor Gastón Barrios. Yo llegué al mismo resultado que él, pero él tenía un método unitario que nos obligaba a usar. Por más que le discutí que con mi método práctico llegaba al mismo resultado, igual me puso un uno”, recuerda Boetsch.

Cuando cursaba quinto año de su carrera estaba recién casado y su padre le regaló un departamento en la plaza Bilbao. Como le estaba yendo bien con las ampliaciones, se entusiasmó con el área inmobiliaria y junto a su mujer decidieron venderlo para desarrollar su primer proyecto inmobiliario.

## A LA PISCINA

El departamento que les regaló Alejandro Boetsch era el único patrimonio que tenía junto a su señora, así que cuando comentó que lo quería vender para crear una empresa constructora e inmobiliaria y levantar un edificio económico, muchos le dijeron que estaba cometiendo un error. Pero como su esposa y su padre lo apoyaron, se deshizo del departamento.

Con la venta fundó su empresa inmobiliaria y se “puso las pilas” para conseguir el dinero faltante para construir su primer edificio. Compró un terreno en la esquina de Purísima con Santa Filomena, y bautizaron la empresa como Constructora Bellavista Ltda.

Eligieron este sector porque podían hacer viviendas económicas y vender barato. Entonces levantaron un edificio sin ascensor y de cuatro pisos, ya que no se podía construir en más altura. Una estructura simple de albañilería con marco de hormigón y de divisiones

**E**n 1978 en Chile se vivía una situación política y social difícil, pero la economía iba en alza. Se abrían nuevas oportunidades para la industria, sobre todo en el área de la construcción.

Fue en este momento que

Cristián Boetsch, hoy Consejero Nacional del Comité Inmobiliario, puso atención y “quemó las naves” para iniciarse en el negocio inmobiliario.

Boetsch se crió en una familia donde abuelo, padre y tíos se dedicaban a la construcción. El ejemplo que recibió de ellos lo llevó a estudiar Construcción Civil en la Pontificia Universidad Católica, donde la cátedra de dibujo técnico le permitió ganar sus primeros pesos.

interiores de materiales ligeros e instalaciones de agua en pvc.

La etapa inicial fue de 12 departamentos, y cuando tuvieron el 60% vendido, empezaron a sacar los permisos para una segunda etapa. No se detuvieron hasta construir los 32 departamentos del proyecto total.

“Se me veía afligido, tomaba los planos y me iba donde el papá. Le decía ‘estoy con esto’, él me miraba y me daba una solución. Siempre, hasta hoy, ha sido un gran apoyo y mentor”, comenta Boetsch.

La construcción del edificio fue tan rentable que se pudo comprar un sitio en Las Condes y se construyó una casa a su gusto. “Con la venta del departamento en Bilbao y los buenos resultados de Bellavista, pasé a una casa con buen jardín en Las Condes en la que viví 22 años. ¡Fue un buen salto!”, y agrega que también la partida para futuros desarrollos inmobiliarios.

Este proyecto cambió la vida de Boetsch en 180 grados. Según dice, “con esta pega me puse pantalones largos. De hacer ampliaciones, unas canchas de tenis y algunas casas unifamiliares, pasé a hacer este edificio. Un

edificio de cuatro pisos, pero... edificio al fin”.

Fue un premio al coraje y a la confianza. “Con esta experiencia aumentó mi capacidad de diálogo con la gente y el contacto con los trabajadores. El estar ahí con ellos, saber de sus problemas, de cómo ayudarlos, y también la relación con los clientes compradores que es sumamente importante. Todo esto nos hizo crecer. En 1980 nos asociamos con el papá y luego con mi hermano Felipe, con quien hoy tenemos una empresa constructora e inmobiliaria mediana, pero muy diversificada y consolidada”, resume Cristián.

Aunque dice que complementar trabajo, matrimonio y término de universidad a los 24 años fue increíble y apasionante para él. Confiesa que hoy, 30 años después, se ha cuestionado intensamente, porque cuando estudiaba la factibilidad de aquel emblemático edificio en Bellavista, su hermano Sebastián murió en un accidente de Alas Delta, y su partida -siente él- pareciera no haberle provocado el mismo vacío y profundo dolor que está viviendo hoy por la muerte, en febrero recién pasado, de su hermano Nicolás, en un accidente acuático. “Ese momento lo viví con el aceleramiento de un jo-

ven de 24 años, con todo por delante, con garras para hacer cosas y con fuerza... Quizás en esos años estaba tan lleno de proyectos que no tuve tiempo para vivir el luto como ahora”, reflexiona antes de cerrar la conversación. **EC**

